

EPIGRAMA DE LAS DUDAS

A ti, que me convienes,
no te quiero.
Tú, que eres
cizaña,
pura fachada sólo,
golosina,
me pones siempre
a cien.

¿Qué hacer? ¿Desdoblarme?
¿Dejarlo?

Se podría encontrar
término medio.
Amarte a ti los lunes,
no pensar en los miércoles,
ir contigo a la cama
martes, jueves y sábados.
Y el domingo, reposo,
yo solo y el gusano
de una mala conciencia.

¿No lo aceptáis,
verdad?
Yo haría lo mismo.
La cruz tiene que ser
para el que la trabaja.
Ya me lo dijo el médico
desde la cabecera
de mi primer diván:
«un yo muy dividido».

PARAGUAS ROTO

En la calle tirado está
un paraguas
que me sirve.
El varillaje sigue
alzando al cielo
su cruz de cenotafio
donde cabe
mi muerta
cabeza.
La tela sucia es
del matiz negro
que casa bien con mis
más cenicientos
pensamientos.

EL HIJO QUE NO TUVE

Estoy pensando en ti
y no existes.

Tu rostro sin hacer
en el rostro de un niño
a gatas
sobre la arena húmeda
del primer día
de playa
de este verano de sol
frío.

Un niño que es un rey entre los juguetes:
el cubo y la pala, el balón amarillo,
la rueda negra del salvavidas
en el que tú,
que nunca viste el mar,
te alejas de mí
hasta el fin del océano.

El niño en el paseo marítimo
tira de un hilo
un cochecito de plástico
con dos muñecos dentro,
uno al lado del otro.
Somos tu madre y yo
sentados
en la primera fila del cochecito,
sin tocarnos la mano,
sin mirarnos las caras,
temerosos de descubrir

al niño pequeño
que les arrastra
sin volver sus ojitos nunca abiertos
hacia nosotros.

Llegan después las noches de verano.
Las noches de los días sin ti.
He pasado la vida
durmiendo sin ti,
sin tu llanto al despertar
con miedo en la cuna
al no ver a nadie.
Y ahora, cuando no existes,
vienes tú a despertarme
con el recuerdo de lo que pudo ser,
mientras tu madre,
vestida con la ropa de aquel entonces,
sale desde su olvido
y me pregunta,
cuando ya no hay tiempo:
¿Qué nombre le pondremos a nuestro hijo?